

« HILDEGART »

TANTO preocuparse por los infiernos y las sombras de la vida sexual; tanto investigar las zonas extraviadas y peligrosas del amor, habían de formar, fatalmente, como un destino en la vida de la pobre «Hildegart». Ese tema reiterado de su vida es también el nudo dramático de su bárbara muerte, el fantasma tremendo que tutela trágicamente su final.

Todo tenía en ella el contorno de lo extraordinario, de lo que va más allá de la línea normal. Su nacimiento, su vida, su inteligencia, su labor. Siempre un acento distinto, un ritmo aparte del ritmo de todos. Su muerte, también, había de tener, por fuerza, esta emoción de lo extraordinario que acompaña a «Hildegart» desde que nace. Pocas veces la tragedia alcanzó una expresión tan patética como en esta hora de la muerte de «Hildegart».

Era alta, fuerte, varonil, y había, al mismo tiempo, en ella un aire infantil, un no sé qué de adolescencia. Nadie viéndola imaginaria que tras aquel aspecto de muchacha campesina había un espíritu que no sentía el menor temblor al asomarse a los abismos de la vida personal o social. El alma tenía en ella audacias magníficas, ambiciones poderosas. Quería que todo fuese mejor, más puro, más sincero y más feliz: un espíritu mejor, un amor mejor, una Humanidad mejor.

Asombra lo que aquella frente casi niña logró albergar. Lenguas, Derecho, Medicina, Ciencia social. ¿Adónde hubiera llegado esta muchacha que en

plena juventud aparecía ya con los oros granados de la madurez? Eran admirables su espíritu combativo, su fuerza polémica, su capacidad de trabajo, su fe social y humana. Todo en ella era brío de sinceridad, fuerza espontánea y brava, que exaltaba o condenaba con el mismo ímpetu. Se afilió primero al Partido Socialista, y luego, separada de éste, tuvo para nuestros socialistas ataques muy duros, trallazos que eran más vivos porque venían de un espíritu puro, no contaminado por los convencionalismos y las farsas de la política.

Habló mucho—artículos, conferencias, libros—del amor, y no conoció, sin embargo, ese amor. Acaso lo empezaba a conocer ahora, cuando llegó a ella la Muerte (*la Muerte, la celosa...*) *Fratelli a un tempo stesso amore e morte*. Los dos grandes hermanos llegaron juntos a la vida de «Hildegart». Del sueño del amor pasó sin transición al sueño de la muerte.

Hace unos meses publicó la escritora un artículo en el que subconscientemente hablaba de su muerte. Era un artículo sobre «Endocrinología, Delincuencia y Eugenesia». Comentaba la importancia de lo sexual como antecedente y explicación del delito. Y citaba casos en que el crimen respondía a una degeneración de las glándulas internas, en que había de buscarse en la deficiente constitución de éstas la

raíz de un hecho a primera vista injustificable. No pensaría «Hildegart» al trazar estas líneas que probablemente, unos meses más tarde, al querer hallar una explicación a lo inexplicable de su muerte, habría que ir a esa zona oscura y bárbara de lo sexual.

Esos tiros de una madre sobre su hija dormida hicieron también el romántico poema maternal, tejido hasta hoy, tradicionalmente, con sacrificios y ternuras. Por contraste, es inevitable el recuerdo de lo que es, en cambio, exaltación de ese amor maternal. Un hijo mata a su madre, destroza el cadáver, incendia la casa. Corre, huyendo, y al salir tropieza con el corazón de la madre y cae al suelo. Y el corazón de la madre pregunta: «Hijo

mío, ¿te has hecho daño?...»

Pero esta vez ha sido la propia madre la que ha hecho el daño, en contradicción del eterno poema maternal, trágicamente ensombrecido ahora. ¡Pobre «Hildegart»! Sus veinte años magníficos, palpitanes de promesas, de audacias y de rebeldías, se han abatido trágicamente. Ella soñaba una vida mejor, luchaba por una vida mejor, y ha entrado en la gran sombra, acaso porque la única vida mejor es la de la muerte.

José MONTERO ALONSO

FOT. ESPIGA

